

AMÉRICA EN LAS CARTAS DE LAS ESCRITORAS
VANGUARDISTAS

Rosa Fernández Urtasun
Universidad de Navarra

Conocemos todavía relativamente poco el ambiente cultural al que tenían acceso las mujeres que escribían poesía alrededor de 1927. Las chicas jóvenes de buena familia, prácticamente las únicas que cursaban estudios de bachillerato, no podían acudir (si no siempre de hecho, al menos socialmente) a los lugares de reunión intelectual masculinos, que son los que hasta ahora ha descrito la historia de la literatura. A la Universidad, museos y ateneos sólo podían ir acompañadas de una señora respetable, y su presencia en cafés o tertulias informales era casi escandalosa. A pesar de estas trabas, desde principios del siglo XX eran cada vez más las jóvenes con estudios medios; de ellas, muchas estudiaban magisterio y algunas, pocas, otras carreras universitarias. Casi todas querían seguir formándose y, en la medida de lo posible, abrirse paso en el mundo intelectual. Es precisamente la inquietud que movía a muchas mujeres en aquellos años; su afán por compartirla y la necesidad de tener un lugar donde conversar, lo que llevó a algunas de ellas a crear sus propios lugares de encuentro y promoción cultural, entre los que es imprescindible mencionar la Residencia de Señoritas y el Lyceum Club Femenino fundados por María de Maeztu.

El Lyceum tuvo mucha importancia como núcleo de intercambio de ideas entre 1926, la fecha de su creación, y el comienzo de la guerra civil. Allí se reunían mujeres casadas con intelectuales, como Zenobia Camprubí o María de la O Lejárraga (más conocida como María Martínez Sierra), y otras que por aquellos años habían publicado sus primeros libros de poesía, como Pilar Valderrama (la Guiomar de Antonio Machado) o M^a Luisa Muñoz de Buendía, también escritora ocasional de artículos, poesías y cuentos. Al amparo de estas prestigiosas señoras, que aseguraban el decoro de la institución, pronto empezaron a reunirse también algunas jóvenes. En la sección de literatura del Club las más activas eran dos: Concha Méndez y Ernestina de Champourcin. Concha era conocida por su carácter aventurero y su rechazo de las convenciones sociales: iba a los cafés y a las tertulias donde se reunían los poetas, era muy deportista (campeona de natación en varias categorías) y su mayor deseo era viajar. Esta joven inquieta había conocido en 1919 a Buñuel, con quien mantuvo un largo noviazgo, y a través de él, a Lorca y Alberti, quienes le despertaron el interés por la poesía y a los cuales trataba con frecuencia en la Residencia de Estudiantes.

Ernestina era más introvertida, más intelectual y sensible. Por su origen noble tenía contacto habitual con personajes de renombre, lo cual le

permitió muy pronto involucrarse en el Lyceum, donde fue secretaria de la sección de literatura. Desde allí gestionaba actividades para promocionar sobre todo aquellos contenidos culturales menos accesibles a las mujeres: la poesía «joven» o «moderna» (como se llamaba entonces a toda la lírica, pura o vanguardista, que hubiera superado las fronteras del romanticismo y el realismo), la literatura extranjera y la teoría de la literatura. Además de trabajar en esta institución, colaboraba con bastante asiduidad en periódicos y revistas, reseñando libros y presentando los poemarios de los jóvenes que consideraba de valía, llegando a ser una voz autorizada en el ámbito crítico. En 1926 escribió su primer libro, *En silencio...* Como buena conocedora de los resortes que procuraban la popularidad, envió ejemplares de este primer volumen a los críticos que podían reseñarlo y a los poetas que valoraba más. Entre estos últimos, Ernestina admiraba de manera muy especial a Juan Ramón Jiménez, quien le contestó ofreciéndole su magisterio y una amistad que ambos conservaron de por vida. Avalada por su autoridad, pronto pudo relacionarse con los autores que más se vieron influidos por la poesía pura del moguerense: Salinas, Cernuda, Guillén, Gerardo Diego, etc.

Si el interés de Ernestina era grande por cultivar el trato con los poetas contemporáneos suyos, todavía puso más esfuerzo en procurarse la amistad de las mujeres que, como ella, tenían un decidido empeño en escribir poesía moderna. También en este aspecto le ayudó Juan Ramón. A finales de 1927, el Poeta, con mayúscula, como muchas veces lo llamaba, publicó en el primer número de *Ley* unos poemas en prosa de Carmen Conde que atrajeron mucho a Ernestina. Champourcin dedicó una reseña a la aparición de la nueva revista, y el recorte de prensa fue el pretexto del que se sirvió para proponerle entrar en contacto. Con este primer envío dará comienzo a una correspondencia de la que se conservan un buen número de cartas de gran valor documental, literario y social; son las que me han servido de base para este estudio.

Carmen Conde, la otra corresponsal de este epistolario, era una mujer de gran carácter y una indiscutible vocación literaria. Se vio obligada a trabajar desde muy joven, pero la ilusión por formarse y escribir le llevó a compaginar sus horas de oficina con estudios de Magisterio a distancia y con la publicación de artículos y poemas. Como Ernestina, también ella quería dar a conocer su poesía y movió todos los hilos a su alcance

para ver impresos sus escritos en revistas de Madrid. Que Juan Ramón aceptara sus poemas para *Ley* había sido ya un gran triunfo; la carta en la que Ernestina le enviaba la reseña le proporcionaba, además de un nuevo reconocimiento, una puerta abierta a ese mundo cultural del que ella se siente aislada en Cartagena. Champourcin, encantada de tener una amiga con la que compartir sensibilidad e inquietudes, le escribirá con gran frecuencia a lo largo de tres años¹.

En este intercambio de experiencias, ideas e impresiones, que tiene por eje la literatura pero que abarca desde las reflexiones filosóficas hasta la última moda en peinados, también aparece muchas veces mencionado el continente americano. De hecho lo encontramos en la misma apertura de esta comunicación: tras dos mensajes de cortesía, y cuando todavía le trata de usted, Ernestina comienza a hablarle a Carmen de su vida cotidiana:

Mi querida amiga; le escribo rodeada de libros uruguayos; mi padre ha llegado hace dos días de Montevideo y los parientes que tengo allí se empeñan en que conozca a todos sus poetas. Hay entre ellos algunas mujeres admirables. ¿Conoce usted a Juana de Ibarbourou y Delmira Agustini? Nuestras hermanas de América, más valientes que las españolas, se confían al papel en todo momento (20.I.28, p. 60)².

En efecto, la madre de Ernestina había nacido en Uruguay y toda su familia seguía residiendo allí, por lo que con relativa frecuencia iba a visitarles o recibía a sus parientes que viajaban a Madrid. De ahí que su hija manejara con soltura la obra de poetas de las que Carmen nunca había

¹ Diferentes motivos (la desconfianza de Antonio Oliver, novio de Carmen Conde, hacia las actitudes revolucionarias de las mujeres del Lyceum, la boda de Carmen y su posterior implicación en la Universidad Popular de Cartagena, el noviazgo de Ernestina con Juan José Domenchina, la proclamación de la República y un largo etcétera) hacen que hacia finales del 1931 la correspondencia se vaya haciendo cada vez menos frecuente. A pesar de todo, y aun con lapsos de silencio de muchos años, Carmen y Ernestina siguieron escribiéndose hasta el final de su vida.

Los azares de la vida de Ernestina de Champourcin (especialmente su apresurada huida al exilio) le hicieron perder prácticamente todos sus manuscritos: la mayoría desaparecieron con la guerra, muchos otros se perdieron en cajas que envió a España por barco cuando regresó y que nunca llegaron a su destino. Sin embargo, Carmen Conde guardó cuidadosamente su correspondencia en un archivo que hoy contiene alrededor de 26.000 cartas.

² Ernestina de Champourcin y Carmen Conde, *Epistolario (1928-1995)*, Rosa Fernández Urtasun ed., Madrid, Castalia, 2007. Todos los textos citados sin otra indicación bibliográfica que el número de página pertenecen a la correspondencia cruzada entre estas dos autoras y pertenecen a esta edición.

oído hablar. Así se lo confiesa a Ernestina a vuelta de correo, al tiempo que, estimulada por el entusiasmo con el que su nueva amiga habla de ellas, lee las obras de las poetisas uruguayas y relee a la chilena Gabriela Mistral, cuya poesía apreciaba de manera singular. Animada por esta nueva perspectiva, Carmen consigue una comprensión más profunda de las escritoras americanas, de manera que, por ejemplo, comenta con Ernestina relaciones de parecido e influencia entre la Ibarbourou y María Monvel, otra poetisa chilena, así como con el romancero español. En su intercambio epistolar ambas jóvenes señalan con admiración la gran calidad que la literatura femenina había conseguido en los países de habla hispana. Y es esa pujanza la que, por mérito propio, hará que las americanas se conviertan en esos momentos, en cuanto mujeres escritoras, en modelo para las poetisas españolas. Así lo reconocen estas últimas, manifestando su alta estima por sus «hermanas de América» o advirtiendo su huella. Una muestra de ello es una carta de principios de agosto del 28 en la que Ernestina le dice a Carmen: «¡Qué soberbio poema tus letras del 29! Juana de Ibarbourou o la condesa de Noailles, de ser muchachas ahora, cantarían así. Con los mismos elementos. Tú, los ojos de la luna, el azul dormido de tus manos, etc.» (p. 154).

Son muchos los nombres de escritoras que recorren las cartas: junto a las ya citadas (Juana de Ibarbourou, Delmira Agustini, María Monvel), encontramos otras que en aquellos momentos empezaban a darse a conocer, como Margarita Abella Caprile, M^a Enriqueta Caramillo o Norah Lange. Por supuesto, ocupan un lugar especial Alfonsina Storni y sobre todo, Gabriela Mistral. Las escritoras españolas comentan de manera expresa la gran influencia que la obra de Mistral ha tenido en la consolidación de su voz literaria y dejan constancia de la admiración que les produce tanto la calidad de su obra como su vida intelectual e independiente. Así, por ejemplo, Ernestina le confiesa a Carmen: «Conocí a Gabriela Mistral hace tres años y sus versos me impresionaron mucho, tanto que trascendieron a los míos aún inéditos y balbucientes» (20.II.28, p. 61) y le anima a tomarla como modelo: «Quiero verte enseñando; vas a ser con el tiempo una especie de Gabriela Mistral. ¡Poeta y maestra!» (27.IX.28, p. 211). También Carmen se sintió muy pronto atraída por esta gran escritora con la que le unían sus dos grandes ilusiones profesionales. Así se ve en la presentación que le dedica a Mistral en su antología *Once grandes poetisas americohispanas*,

donde hace una detallada mención de su trato y admiración por la poeta chilena³.

En una de las ocasiones en las que encontramos el nombre de esta poeta citado admirativamente, podemos percibir, sin embargo, un matiz de separación. Es lógico que, aun contando con el aprecio y la influencia, las diferencias debidas a las circunstancias históricas y literarias así como la distancia de edad entre las escritoras de ambos lados del Atlántico empujaron de manera natural hacia una escritura diversa. Todavía pesaba más la fuerza del momento poético que en los años 20 se estaba viviendo en España: frente a una literatura femenina hispanoamericana de corte modernista y tono sentimental, los caminos de la poesía pura y de las vanguardias se presentaban ante las escritoras españolas con perspectivas más audaces, más modernas; ellas consideran que apuntan ya hacia otra dirección. Por eso, cuando M^a Luz Morales establece en un artículo de octubre de 1928 una comparación que iguala a todas las poetisas de habla hispana, Ernestina replica:

María Luz Morales [...] en este artículo no ve claro. La admiración por Gabriela Mistral, muy lógica, no puede extenderse a las otras poetisas americanas. Incluso entre ella y la Ibarbourou, la distancia es enorme. No veo gran analogía entre nuestra voz y la de esas «musas allende los mares». Creo que somos diferentes y —guárdame el secreto— más jóvenes, sobre todo, más de hoy (p. 232).

No se trata simplemente de un movimiento de afirmación de lo propio con intención defensiva. Ernestina se refiere a ello de manera concreta en diferentes ocasiones al comentar los poemas de las americanas o incluso al hilo de sus apreciaciones sobre los versos de Carmen. De entre estas alusiones, quiero destacar una que me parece especialmente reveladora. Unos meses más tarde de la carta en la que establece la distancia entre ellas y las hispanas, Ernestina le sugiere a su amiga cartagenera:

Tu «Amor» es algo soberbio, definitivo; has dado en ese poema la nota máxima, muestra atrevida y fuerte de tu lirismo. Tu voz tiene aquí algo

³ Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1967, pp. 105-135.

de la Noailles y mucho de la Ibarbourou. Lo que no te aconsejo es que vuelvas a insistir en ese mismo tono. La repetición podría hacerte caer en un erotismo vulgar de procedencia sudamericana (p. 312).

Esta última advertencia, que interpretamos hoy como peyorativa, era solo la exposición de una opinión común entonces: que la poesía femenina americana era de temática exclusivamente amorosa o erótica y de tono sentimental. Pero señala precisamente el punto clave en el que buscaban distanciarse las poetas de este lado del Atlántico: no se sentían constreñidas por los tópicos que se esperaban de una poesía de mujer, sino que querían demostrar su libertad para tratar otros temas y utilizar los mismos registros que sus compañeros. El contexto poético en el que se enmarca este epistolario todavía hace más concreta la indicación: en esos años ambas se consideran parte de la escuela juanramoniana de poesía pura, pero sobre todo Ernestina no tiene inconveniente en separarse de las enseñanzas de su maestro para hacer frecuentes incursiones en la imaginaria vanguardista. Por tanto, podemos inferir que lo que le indica a Carmen es que si va a tratar el tema amoroso, debe hacerlo de manera más distante, más acendrada, más simbólica, incluso más vanguardista; en definitiva, más moderna.

Puede ser útil para corroborar esta afirmación volver la mirada hacia Concha Méndez, quien estaba entonces (la carta a la que estoy haciendo referencia es de julio de 1925) recién llegada de un viaje a Londres, a donde se había «escapado», sin permiso de su familia, para conocer los estudios de cine más grandes de Europa. El panorama que encontró allí, aunque atractivo, no le pareció adecuado para el desarrollo de sus inquietudes en el campo del teatro y del cine, tanto por el problema del idioma como por la falta de apertura hacia las vanguardias que advirtió. Decide entonces viajar hacia Argentina, donde espera encontrar un ambiente más propicio. Una vez allí, muy pronto se vio compensada con la amistad de Norah Borges, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou, Alfonso Reyes, Guillermo de Torre y otros. Entusiasmada, le escribe a Ernestina explicándole que da conferencias, colabora en revistas y tiene una gran acogida en los centros intelectuales (cfr. p. 350). En esos primeros momentos su ilusión no es sólo dar a conocer su propia obra sino, como explica Valender, hacer de «embajadora de la vanguardia madrileña, papel que se asignó a sí misma

poco después de llegar a Buenos Aires»⁴. Precisamente, en una de sus primeras entrevistas explica:

la mujer en España [...] ha despertado, y de un modo brillante, a una vida activa, tanto en el orden social como en el intelectual. Y así, ha invadido universidades y ha creado algún centro. Actualmente, contamos con un grupo de jóvenes poetas y escritoras como Rosa Chacel, Ernestina de Champourcin, Carmen Conde, Josefina de la Torre, etc., que comienzan brillantemente su carrera artística. Por primera vez se da en España un movimiento poético femenino tan vario e intenso. Yo, al venir aquí, traigo el saludo de esta generación para las poetisas y escritoras americanas, y a mi vez, y en particular, mi admiración más profunda⁵.

Se perciben muy claramente en esta declaración sentimientos similares a los que hemos encontrado en las cartas de Ernestina y Carmen: de reconocimiento del nivel poético alcanzado por las hispanoamericanas y de interés por difundir entre ellas lo que están haciendo las poetas españolas.

Estas primeras declaraciones fueron recibidas con interés, pero la ilusión de Concha duró poco tiempo, ya que no consiguió representar las obras de teatro con las que buscaba alcanzar fama internacional y a través de las cuales pretendía introducirse en el mundo del cine. En una carta que le escribe a León Sánchez Cuesta a los pocos meses de llegar a Argentina se puede advertir su desencanto: «Como éste es un pueblo fundamental[mente] triste, debido sin duda a su materialismo y falta de espíritu, se me acogió aquí como un ser extraño. Mi alegría chocaba con la tristeza del ambiente en general»⁶. El fracaso en lo que consideraba su objetivo principal le oscurece la gran satisfacción que le produjo ver publicado en Buenos Aires su tercer poemario, *Canciones de amor y tierra*, que tuvo además críticas muy favorables. Entre las reseñas del libro que le envía a Sánchez Cuesta en esa misma carta en la que le cuenta su decepción, hay una de Guillermo de Torre que constata la misma distancia entre Concha y las poetas hispa-

⁴ James Valender, «Concha Méndez en el Río de la Plata», en *Concha Méndez en su mundo (1898-1986)*, James Valender ed., Madrid, Residencia de Estudiantes, 2001, p. 154.

⁵ James Valender, *Manuel Altolaguirre y Concha Méndez. Poetas e impresores*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2001, pp. 46-47.

⁶ James Valender, «Concha Méndez escribe a Federico y otros amigos», en *Revista de Occidente*, 211 (1998), p. 146.

noamericanas que Ernestina quería hacer notar a Carmen. Así se expresa Torre: «rasgo primordial de su lirismo: la ausencia de turbio sentimentalismo erótico y la aspiración hacia una poesía objetivada sobre temas más variados, y provista de un perfil más puro, afirmativo, límpido —en consecuencia, esencialmente poético—⁷. El crítico subraya la modernidad de la expresión diáfana y la variedad temática, que superaba el tópico que identificaba la escritura femenina con el contenido amoroso. Este tipo de declaraciones, que aparecieron en varios de los comentarios al libro, aun siendo positivas para Concha, se entendieron en muchos casos como parte de una polémica (la del «meridiano intelectual») que por aquellos años tensó las relaciones entre los escritores españoles y los americanos⁸.

No sucedió así con las escritoras porque el trato personal entre ellas fue, aun con los altibajos propios de las relaciones humanas, amable y cordial. En este mismo viaje a Argentina, Concha se hizo muy amiga de Alfonsina Storni; así se ve en las cartas que escribe a Carmen y Ernestina en marzo del 31, en el estío boreal, en las que les cuenta que está veraneando con ella en Pocitos⁹. Para entonces Ernestina ya conocía a la poeta argentina, porque Alfonsina había viajado a España el año anterior. En cuanto supo que estaba en Madrid, Champourcin quiso tratarla y darle a conocer a su amiga Carmen:

Querida Carmen; escribe enseguida a Alfonsina Storni y mándale *Brocal*. Vive en el Palacio de la Prensa, plaza del Callao 4, piso octavo. Ayer la conocí; es vieja, demasiado mal pintada pero muy simpática. Hemos quedado grandes amigas. Iré una tarde a tomar el té con ella sola y a hablar de poesía. Me pareció muy comprensiva e inteligente (26.1.30, p. 345).

Más adelante ambas tuvieron ocasión de tratar también a Gabriela Mistral. La chilena ya había estado en Madrid en 1928, pero Ernestina

⁷ James Valender, «Concha Méndez en el Río de la Plata», *op. cit.*, p. 158.

⁸ Ver al respecto las explicaciones de James Valender, «Concha Méndez en el Río de la Plata», *op. cit.*, pp. 157-158 y Carmen Alemany-Bay, *La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica (1927): estudio y textos*, Alicante, Universitat d'Alacant, 1998.

⁹ Ernestina hace referencia a esta misiva y su contenido en carta a Carmen (p. 371). La carta que Concha le envió a Carmen Conde en la fecha citada se conserva en el Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver de Cartagena.

pasaba entonces una enfermedad de difícil diagnóstico y no pudo ir a verla, aunque le escribió y le mandó sus libros. Convencida de que esta era su mejor carta de presentación, cuando apareció *Brocal* animó a Carmen a que hiciera lo mismo y enviara el poemario a Mistral, que en esa época se encontraba en París. Así lo hizo, y Gabriela le contestó con mucha afabilidad y verdadero aprecio por el libro. En 1934 la poeta chilena pasó otra temporada en España, circunstancia que Ernestina aprovechó para intimar con ella. Así le cuenta a Carmen: «Con Gabriela hablamos de ti largamente, la veo mucho y nuestras charlas se prolongan mañanas enteras» (p. 382). Mistral pudo confirmar las amables referencias de Ernestina, ya que la propia Carmen logró viajar a Madrid para conocerla y tratarla con asiduidad a lo largo de una semana. Durante esos días se ofreció gustosa a dedicar unas palabras a la siguiente obra de Carmen, *Júbilos*, que se publicó en ese mismo año¹⁰. Además de con el entrañable prólogo de Gabriela Mistral, el libro contó con ilustraciones de Norah Borges.

En muchas otras ocasiones no fue posible este trato personal, y entonces la correspondencia que lo suplió supuso también un gran acicate para las escritoras españolas. Por ejemplo, ya en 1926 y gracias a sus contactos en Montevideo, Ernestina pudo conseguir la dirección de Juana de Ibarbourou, a quien envió su primer libro, *En silencio...* La uruguaya le contestó amablemente, al igual que haría años más tarde con Carmen, con quien mantuvo correspondencia durante algún tiempo. Entre las poetas con las que tuvieron trato exclusivamente epistolar tiene un peso especial Dulce María Loynaz. En este caso es Carmen la primera en descubrir su poesía, en 1927, a través de un amigo (José M^a Chacón y Calvo, hispanista cubano) de quien entonces era su novio, Antonio Oliver. Así le comenta a Ernestina: «Estoy profundamente emocionada con los versos de Dulce María Loynaz, de la Habana; ¿la conoces?» (109). Ahora es Champourcin quien debe reconocer su ignorancia y le pide que le envíe versos suyos. La respuesta muestra también gran admiración:

¹⁰ Tendrían ocasión en viajes posteriores de tratarse con más frecuencia. Aquí hago solamente alusión a los viajes mencionados en el epistolario. Sobre la amistad de Carmen Conde con Gabriela Mistral y los pormenores relativos al prólogo y la publicación de *Júbilos* ver José Luis Ferris, *Carmen Conde. Vida pasión y verso de un escritora olvidada*, Madrid, Temas de Hoy, 2007, pp. 344-350, texto que completa el citado en la nota 3.

Me encantan los poemas de Dulce María Loynaz y, entre todos ellos «Liturgia» ¡Qué fuerza de expresión tan sencilla y tan honda! ¿Tiene algún libro publicado?

«Nadie toque mi pan, nadie beba mi agua», esas dos líneas que subrayas son espléndidas, hacía mucho que no leía unos versos de mujer tan profundamente humanos. (117)

Tanto es el entusiasmo de Ernestina con ella que le comenta su descubrimiento a Juan Ramón Jiménez (quien contesta que ha leído y aprecia sus poemas), y quiere darla a conocer en España a través de *Cosmópolis*, una de las revistas de vanguardia más interesantes de esos años (cfr. 19.10.29, p. 325). Por su parte, también Dulce María se siente orgullosa de la admiración que ha suscitado en España y contesta a sus amigas con largas cartas escritas en papel azul y adornadas con abundantes expresiones líricas: «Le envío lo que me pide: versos: léalos cuando haya silencio y piense en mí. En mi vida cercada de tapias blancas, en mi mar, en mi silencio, en mi prima soledad»¹¹.

Aunque podrían destacarse más nombres y detallarse más las relaciones aquí mencionadas, creo que bastan estas muestras para testimoniar la fluidez de trato y lecturas que existía entre las mujeres escritoras de uno y otro lado del Atlántico.

Si las cartas con las poetas de ultramar forman el primer gran núcleo de contacto entre las escritoras españolas de los años XX y América, el segundo lugar de encuentro lo constituyen las revistas. En los años anteriores a la guerra estas publicaciones eran el principal medio de difusión de las nuevas ideas y obras poéticas, tanto dentro del país como en el extranjero. Las noticias de actualidad literaria llegaban preferentemente por esta vía, del mismo modo que si alguien quería alcanzar difusión internacional se esforzaba por publicar en alguna revista editada en otro país. En esa misma época, además, muchos escritores o jóvenes interesados por el ambiente de las vanguardias, como Xavier Bóveda, Guillermo de Torre o Humberto Rivas, viajaron al extranjero y en ocasiones se quedaron a residir allí. En su patria de acogida se involucraron en el mundo literario y sirvieron de enlace entre los escritores de un país y otro.

¹¹ Carta de Dulce María a Ernestina de noviembre de 1928. Se conserva en el Archivo General de la Universidad de Navarra, Fondo Ernestina de Champourcin.

Así sucedió, por ejemplo, con *Sagitario*, revista fundada en Argentina por el gallego Xavier Bóveda y en la que tuvo un activo papel Guillermo de Torre —el joven pero ya prestigioso teórico de vanguardia— desde que a raíz de su boda con Norah Borges se trasladó a vivir a Buenos Aires. El protagonismo que Torre había tenido en la vanguardia madrileña hizo que *Síntesis* se convirtiera en un buen cauce de relaciones entre los escritores de habla hispana. Ernestina publica allí poemas y artículos críticos en los que, al igual que hacía en España, da a conocer a las jóvenes escritoras de su generación. También procura abrirles a ellas las puertas de la revista y así le comenta a Carmen:

Tienes que perdonarme [...] por haber incluido en un ensayo sobre la poesía femenina que he mandado a *Síntesis* (Buenos Aires) tu primer poema de las «Perspectivas Fahrenheit» suprimiéndole dos líneas para que no resultara tan largo. Si me lo pagan como han prometido, hablaré de ti para que envíes algo a Guillermo de Torre, que es el secretario de la revista. (29.5.29, p. 290)¹²

En efecto, le pagaron como anunciaban, así que le manda a Carmen la dirección de Torre y la recomienda ante él, aunque no tenemos constancia de que la cartagenera llegara a publicar nada en ese momento en la revista. Quien sí lo hizo, como hemos visto, fue Concha Méndez, que en su viaje a tierras australes estuvo en contacto con Torre y vio sus reseñas publicadas en *Síntesis*. Concha aprovechó bien su estancia en Buenos Aires y sus colaboraciones no se restringieron a esta revista: en la carta a Sánchez Cuesta antes mencionada le comenta: «por el momento me sostendré con colaboraciones. Colaboro en *La Nación* y en algunas revistas de importancia que pagan bastante bien» (p. 147). Sabemos que publicó artículos y entrevistas en *La Literatura Argentina*, *El Diario Español* y otros. Al ver el éxito de Concha, Carmen decide de nuevo intentar la publicación de algún artículo en *Síntesis*, pero precisamente cuando le pide que le sirva de intermediaria Méndez le contesta que ya es imposible porque la revista acaba de cerrar¹³. Años más tarde también tendría problemas para publicar

¹² El artículo al que hace referencia está reproducido en *Concha Méndez en su mundo (1898-1986)*, James Valender ed., Madrid, Residencia de Estudiantes, 2001, pp. 329-335.

¹³ Cfr. Carta de Concha Méndez a Carmen Conde de marzo de 1931 citada en la nota 9.

en *Crítica*, revista multicolor, otra revista argentina, dirigida por Jorge Luis Borges. Le animó a participar en ella su hermana Norah, que como ha quedado dicho había ilustrado su libro *Jubilos*. Carmen envió algunos escritos pero los promotores de la revista no los aceptaron, porque les parecieron demasiado comprometidos desde el punto de vista político¹⁴.

Otra importante revista de vanguardia impulsada por un español, en este caso en México, es *Sagitario*. La persona por la que llega Carmen Conde a entrar en contacto con ella es Andrés Zaplana, empresario cartagenero que acabaría fundando una de las librerías más importantes de la capital mexicana. Zaplana seguía con interés las noticias de su tierra y solía leer en *El Porvenir*, publicación cartagenera, los artículos de Carmen. Admirado por sus ideas y su poesía, se pone en contacto con ella y le facilita la conexión con *El Diario Español* de Buenos Aires y con Humberto Rivas, otro español afincado en México y principal difusor de la vanguardia allí. Era entonces este último el director de *Sagitario*, revista que puso a disposición de Carmen. La breve vida de esta publicación y su carácter exclusivamente vanguardista sólo le permitieron dar a conocer allí unas prosas, «Surcos», en mayo de 1927. De todos modos, Rivas al conocer otros escritos más tradicionales de Carmen, como los cuentos, le dice que él le puede poner en contacto con las revistas mexicanas *El Universal Ilustrado*, *Revista de Revistas* y *Forma*, o con las argentinas *Renovación* y *Clarín*.

Dentro del epistolario que vengo citando, la revista extranjera que cobra mayor importancia es *Revista de avance*, el principal medio de comunicación de la vanguardia literaria cubana. Es también Carmen la primera en ponerse en contacto con esta publicación. Tiene noticias de ella gracias a la ya mencionada amistad de Antonio Oliver con el cubano José María Chacón y Calvo, secretario de la embajada de su país en Madrid y acreditado hispanista. Carmen se suscribió a la *Revista de avance* y mantuvo un contacto fluido con uno de sus directores, Félix Lizaso, quien le pedía colaboraciones de jóvenes poetas españoles. El nombre verdadero de la revista era el del año en que se publicaba (*Revista de avance* era el subtítulo), y así aparece citado en las cartas. En junio del 28 Carmen le pide a Ernestina:

¹⁴ Cfr. Ferris, *op. cit.*, p. 364.

Quisiera un ejemplar de *AHORA* para una revista 1.928 de La Habana, amiga mía; en la que yo publicaré este mes – No dejes de enviarme siempre todo lo que salga, tuyo. 1.928 está formada por un grupo muy interesante de muchachos que nos piden cosas buenas de España (p. 116).

Ernestina lo hace y a partir de ese momento colabora en varios números, tanto de esta revista como de otras del mismo país con las que Carmen le pone en contacto como *Archipiélago: boletín de la Institución Hispano-Cubana de Cultura de Oriente*.

De nuevo los ejemplos se podrían multiplicar, y a los de las revistas extranjeras habría que añadir los títulos de las revistas españolas, como *La Gaceta Literaria* o *Atlántico*, que se leían de manera habitual en Hispanoamérica y que buscaban de manera explícita esa relación. Aunque ellas no siempre vieran sus artículos o poemas publicados, y aunque algunas de estas revistas tuvieran una existencia muy efímera, los contactos de las escritoras españolas con estas publicaciones permiten deducir que sus nombres no eran desconocidos a los lectores hispanoamericanos interesados por la joven poesía española. Por tanto, no es de sorprender que *Jubilos*, la segunda obra de Carmen, tuviera reseñas no sólo en España sino también en Argentina, Uruguay, Costa Rica y Cuba¹⁵.

Las citas a América en las cartas de las escritoras vanguardistas son muchas. A las alusiones apuntadas habría que sumar muchas otras, como por ejemplo las dedicadas a América del norte (de donde llegan noticias a través del Lyceum, del cine, del teatro y de la familia de Zenobia Camprubí), pero el espacio no me permite alargarme más. Estas muestras son más que suficientes para afirmar que en el horizonte de las mujeres intelectuales en los años 20 y 30 América ocupaba un lugar de privilegio. Todo este riquísimo intercambio se vio interrumpido, y en muchos casos truncado, por la guerra. Se reanudó de una manera muy diferente un tiempo más tarde, cuando México acogió con generosidad a un gran número de exiliados españoles, entre quienes se encontraban Ernestina de Champourcin y, tras unos años en Cuba, Concha Méndez. Carmen Conde, desde España, siguió leyendo y tratando con la asiduidad que le fue posible a las escritoras hispanoamericanas y en 1970 publicó la extensa antología *Once grandes*

¹⁵ Cfr. Ferris, *op. cit.*, p. 359.

poetisas americanas, en cuyo prólogo afirmaba: «si existe un asunto literario de verdadero interés para la poética femenina actual es el que se refiere a la creación lírica de las mujeres americanas». Por admiración, interés o necesidad, la relación entre España y América ha sido una de las grandes riquezas de la literatura femenina del siglo XX.